

ABEL GONZALEZ:

ROMANTICISMO Y PAISAJE

Por JAIME GONZALEZ COLVILLE

Fué Director de este diario allá por los albores de este siglo y se le recuerda hoy como el más puro y sencillo poeta de las ínfimas cosas de la tierra.

Nació en Curepto en 1879 . . . muchos años más tarde, ya en la madurez, escribiría, con orgullosa nostalgia:

yo en una sierra nací,
entre riscos y entre breñas
y antes de salir de allí
sólo ébano en trenzas y
sólo vi caras trigueñas

De su tierra guardó pulidos recuerdos y añoranzas en su corazón; fue un hombre de ternura delicada, de alma profundamente cristiana; su péndola se detuvo en cada detalle, en cada eco, para captar la efímera labor de una arañita serrana, o el vuelo del tordo, en el crepúsculo sonrosado de los cerros costeros.

Fue un romántico incurable, su verso no supo de retórica ni de escuelas vanguardistas, es cristalino, como vertiente de la sierra que el mismo describe con el corazón regocijado:

Fuente de la serranía,
fuente de las aguas claras,
¡qué de cosas, si tú hablaras,
tu cristal no contaría!

Si es palpitante de vida su estrofa; se separa un poco de su coterráneo González Bastías, quien tiene los ojos entristecidos por "las tierras pobres del Maule"; no, Abel González es optimista, despreocupado, su verso tiene acento y entonación entusiasta; oigámoslo en su sensual inspiración:

¡Cuánta serrana aguacora
desciende ya a la quebrada!
¡cuánta amorosa tonada
se escucha vibrar ahora!
cabe a la murmuradora
cascadita de la peña
¡cuánta mejilla trigueña!
¡cuánta luz en ojos negros!

¡cuánta risa en labios rojos!
¡qué turba de gañanes, vocinglera,
armado cada cual de aguda horquilla.

El poeta aprieta su tierra contra su corazón; inquiere de ella el alma y la vida, con la exigencia que puede hacerse a la amada, "con ternura inmensa y franca — nos dice — con amor profundo y fiel"; por eso, con unción infinita, como se musita una oración fervorosa, él escribirá con ese anhelo que ya tiene cinco siglos en las estrofas inmortales de Fray Luis de León:

Así quiero vivir en mis rincones,
en mi rústico huerto soleado
vivir cantando lo que siempre he amado,
en rudos versos de sencillos sonos.
Para esto, un nido, una mansión serena
me basta, entre pataguas y canelos,
en esta tierra de mi amor, chilena.
¡cuánta plática halagüeña!

La biografía de Abel González no tiene espectacularidad: educado en los seminarios de Talca y de Santiago, cursó leyes en Santiago y obtuvo el título de abogado en 1904; fue Director de "La Prensa" de Curicó y luego se inició en la carrera judicial; es nombrado Juez de Letras en Lontué, posteriormente se le traslada a Iquique, donde muere a los 61 años de edad, en 1930.

Publicó en vida varios libros: "Auroras y Crepúsculos" (1899) "Pequeños Poemas" (Talca, 1906); "Versos Viejos" (Curicó, 1916); sus colecciones son hoy día difíciles de ubicar.

Pero volvamos a su poesía.

Abel González se extasia en las faenas campesinas, como el olvidado Gabriel y Galán, aunque sin la tristeza de éste . . . la siembra, el barbecho y la trilla son coloridos aguafuertes y cobran en su cuartilla vivaz presencia:

¡Qué loca animación la de la trilla!
¡que tropel de jinetes en la era!